

El Día del Señor

Una oración de las primeras generaciones cristianas decía: *"El sábado es el reposo tras la creación, la consumación del mundo, la búsqueda de la Ley, la acción de gracias a Dios por los dones que ha hecho al hombre. Pero el Día del Señor es superior a cualquier otro. Evoca al Mediador...autor de la resurrección, primogénito de toda creación. Verbo, Dios y hombre, nacido de María..."*

La importancia del domingo ha sido subrayada por el Concilio Vaticano II. *"En este día" —dice— "los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la Palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios porque los hizo renacer a la viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos (1Ped 1,3) por esto, el domingo es la fiesta primordial que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo"* (Const. Sac. Concilium 106).

Estas palabras expresan exactamente lo que ha de ser el Día del Señor. Ante todo, una fiesta, y con espíritu de fiesta ha de vivirse.

Fiesta, porque en este día el hombre se siente liberado de la esclavitud de las cosas, el espacio y el tiempo; se da cuenta de que es hombre y no un manojo de angustias y problemas, pieza de una máquina, cifra de una estadística o número de un rebaño. El hombre es señor y el domingo le devuelve el dominio de las cosas que Dios le dio en la mañana de la creación.

Fiesta, porque se ve totalmente libre de la esclavitud del mal y su raíz, el pecado.

Fiesta, porque en este día percibe, como en ningún otro, que es amado por Dios, hasta el punto de que Dios envió a su propio Hijo para que, hecho uno de los nuestros, entregara su vida para darnos a nosotros Vida. Este Hijo, resucitado, vive junto al Padre, pero también vive presente y activo en medio de la comunidad de los creyentes.

Es día, por tanto, de alegría, de optimismo, de esperanza.

En este día los cristianos, desde nuestros orígenes, nos reunimos para celebrar la Eucaristía, que recuerda y actualiza, en el hoy nuestro, el misterio pascual. En esta Eucaristía, en el marco, en los gestos y en las palabras que reviven la última cena de Jesús con sus discípulos, se nos da un Pan verdaderamente bajado del cielo, como El había anunciado en la sinagoga de Cafarnaum e hizo realidad en el Cenáculo. Este Pan—su Cuerpo y su Sangre—es el alimento de nuestro peregrinar a lo largo de la vida.

Mas en la liturgia del domingo ocupa un papel importante la proclamación de la Palabra de Dios, esa Palabra que nos habla, desde el fondo de los siglos, en la voz de los viejos profetas, de los sabios o de las enseñanzas de la Torah, y en la voz más reciente de quienes fueron testigos de los hechos y palabras de Jesús. Su tiempo es, por tanto, un tiempo de escucha. Dios habla también a los hombres de este siglo por encima de las fronteras de la cultura, del tiempo y del espacio.

Todo esto no basta si queremos Comprender y vivir lo que ha de ser este día para nosotros. Nos reunimos como pueblo, no como individuos aislados que coinciden en un mismo espacio físico y en un tiempo determinado. Toda la celebración tiene un profundo sentido comunitario, y este sentido debe aparecer tanto en la intención con que nos reunimos como en la oración, de la que no debemos excluir los problemas del mundo y las necesidades de los demás hombres, en la escucha de la Palabra de Dios y en la Eucaristía. Una y otras, así vividas, en este tiempo fundamental de la semana, han de iluminar las sendas de nuestro caminar durante los restantes días, conformar nuestro comportamiento hacia Dios y hacia los hombres, fortalecer nuestro espíritu y alimentar nuestra esperanza y nuestro deseo de que venga el Reino mesiánico. Con esta intención hemos de acercarnos a participar en la Eucaristía, con el deseo de unirnos a los que con nosotros forman la asamblea en sus sentimientos, necesidades, alegría y esperanzas, con la voluntad de ver en cada uno a un hermano, a una parte viva y necesaria de ese Cuerpo místico que formamos cuantos confesamos a Cristo.

Aún añadiríamos algo más. En nuestras celebraciones tienen un gran valor los silencios y el canto. El canto, como expresión de la alegría de la fiesta, del gozo compartido de unos hombres que se sienten liberados y saben que por encima de todo triunfará el amor de Dios. Los silencios, como tiempo para que la Palabra de Dios vaya penetrando hasta las zonas más apartadas de nuestro ser; tiempo de interiorización, respuesta sin palabras a un Dios que es silencio, nos habla en el silencio y en el silencio se hace presente.

Frente a la pérdida de los valores espirituales en nuestra sociedad, frente a la debilidad del hombre actual, al vacío humano y religioso de nuestro tiempo, hemos de recobrar el valor del domingo como día sagrado y día de liberación humana, de la auténtica liberación que devuelve al hombre la dignidad y grandeza con que Dios le creó: la imagen y semejanza de Dios.